

EL PORVENIR LATINOAMERICANO¹

Una nueva ruta abierta al comercio humano está transformando la política mundial. El canal de Suez abrió a Europa las puertas del legendario Oriente y encauzó la emigración europea hacia Australia, al mismo tiempo que permitía la formación en África del Sur de una confederación anglosajona. El canal de Panamá está llamado a alterar profundamente el equilibrio de las naciones del Nuevo Mundo. Humboldt lo anunciaba ya en 1804: «Las producciones de la China se acercarán en más de 2000 leguas a Europa y Estados Unidos; grandes cambios tendrán lugar en la política de Asia oriental, porque este istmo (Panamá) es desde hace siglos la avenida de la independencia de la China y Japón» (*Ensayo sobre el gobierno de la Nueva España*, t. I).

El Atlántico es hoy el océano de la civilización moderna. La apertura del canal desplazará el eje de la política mundial. El Pacífico, océano separado de las corrientes civilizadoras de Europa, recibirá directamente del mundo antiguo sus riquezas, sus productos, sus emigrantes. Hasta este momento, Estados Unidos y Japón compartían su dominación como *mare clausum* y luchaban por la supremacía en Asia y la costa occidental de América. Abierto el istmo, nuevos pueblos comerciantes invadirán con sus industrias los países encantados de Asia y las lejanas repúblicas americanas. Nueva York se acercará al Callao, pero al mismo tiempo Hamburgo y Le Havre acortarán distancias con la costa peruana. Se calculó que por la nueva vía, el viaje entre Liverpool y los grandes puertos del Pacífico se acortará entre 2600 y 6000 millas, según su respectiva posición, y que entre Nueva York y los mismos centros de actividad comercial e industrial la distancia disminuirá de 1000 hasta 8400 millas.

¹ *Les démocraties latines de l'Amérique*, París, 1912, Conclusión. Utilizamos la traducción de Ana María Jullian para la edición de Caracas, 1979. [THM]

Compañías navieras alemanas, francesas e inglesas harán el servicio directo con los grandes puertos de Chile y de la China. El comercio mundial cambiará de ruta y Panamá servirá de vía civilizadora al Asia oriental y la costa americana del Pacífico, como Suez al Asia central, África oriental y Oceanía. El Atlántico será el océano de un mundo envejecido.

El comercio de la nueva era prepara revoluciones inesperadas. La influencia de Europa en China y en América occidental crecerá considerablemente. Alemania rivalizará con Estados Unidos por la supremacía comercial en Oriente y en América Latina. Sus navíos, agentes imperialistas, que ahora dan una larga vuelta por el estrecho de Magallanes, pasarán por el canal. Los buques de Japón, como antaño los navegantes fenicios, traerán a Europa los productos del exótico Oriente; Nueva York desplazará a Hamburgo, Amberes y Liverpool y los ingleses perderán su histórica posición intermediaria entre Europa y Asia. Los Estados Unidos, amos del canal, establecerán en Nueva York una gran feria donde concentrarán las mercaderías de Oriente y Occidente, los tesoros de Asia, el oro de Europa y los productos de su pujante industria. Entonces habrán logrado la hegemonía comercial sobre el Pacífico, América del Sur y la China, donde competirán favorablemente con Inglaterra y Alemania. Entre Nueva York y Hong Kong, Nueva York y Yokohama, entre Melbourne y el primer puerto norteamericano, se establecerán nuevas relaciones comerciales. Al acercarse a Nueva York, el Oriente se alejará de Liverpool y los puertos europeos: la ruta por Panamá favorecerá a los industriales yanquis en Asia y Oceanía. Ya podemos vaticinar que los Estados Unidos surgirán como terribles competidores para los negociantes ingleses en los mercados de Australia y Nueva Zelanda.

Difícil es adelantarse al futuro: demasiadas incógnitas intervienen en este drama de la historia de los pueblos. Pero no cabe duda [de] que, de no mediar algún acontecimiento extraordinario que turbase la evolución de los pueblos modernos, las grandes naciones industriales europeas y Japón, defensor de la integridad asiática, se opondrán al formidable desarrollo de los Estados Unidos.

El canal alza una frontera a la ambición yanqui: es la línea meridional, la *South Coast Line*, que poblaba los sueños de Jefferson. Ya en 1809, creía que Cuba y el Canadá debían incorporarse, como estados de la Unión, a la inmensa federación; adelantándose al bronco lirismo de Walt Whitman, pensaba fundar «el más vasto imperio de la libertad que haya existido». Herederos del genio sajón, los norteamericanos quieren formar una federación democrática.

Lograron en Cuba lo que Japón en Corea: primero, la lucha por la autonomía, las intervenciones necesarias, luego el protectorado y quizá la anexión. Así se realizará la profecía de Jefferson. Entre el Canadá, colonia autónoma, y los Estados Unidos, los intereses económicos se entrecruzan, los tratados de comercio crean tal complejidad de influencias que la evolución hacia la unión política parece fácil. La disgregación del imperio anglosajón será obra de los yanquis. La influencia norteamericana en el Canadá crece día a día: el capital americano invertido en diversas industrias alcanza los 100 millones de dólares. El comercio aumenta y en virtud de nuevas convenciones, los Estados Unidos aventajarán a Inglaterra en el mercado canadiense. En esta colonia libre, existe un *Far West* que poblar. El Este es sajón, industrial y aristocrático; el Oeste, bárbaro y agrario, desea la unión con la democracia vecina. Hugo Münsterberg cuenta que un diario de Boston escribe todos los días en primera plana que el deber de los Estados Unidos es anexar Canadá.

La amistad con Inglaterra y el entendimiento entre las naciones de habla inglesa impedirán quizá el avance imperialista hacia el Norte; pero nada se puede contra el capital norteamericano que desarrolla y explota el Oeste canadiense. Además, hombres de la talla de Goldwin Smith aconsejan la unión con la gran República vecina. La libertad comercial que los radicales ingleses quieren conservar, afloja los lazos económicos que podrían asegurar la continuación del Imperio Británico, e impide la formación de un *Zollverein*, de esta unión aduanera entre Gran Bretaña y sus colonias, que era el gran proyecto de Chamberlain. Justamente para resguardar intereses económicos, comerciales e industriales, Canadá se acerca a los Estados Unidos y se aleja de Gran Bretaña.

México, donde los capitales norteamericanos llegan a 500 millones de dólares; Panamá, república sometida al protectorado del Norte sajón; la zona del Canal, que los yanquis adquirieron como una lejana posesión meridional; las Antillas, que van conquistando poco a poco; América central, donde repúblicas continuamente desgarradas toleran las intervenciones pacificadoras; y Canadá, rico y autónomo, forman para los soberbios estadistas de Washington y la prensa amarilla el codiciado imperio. En dos siglos, las pequeñas colonias puritanas del Atlántico habrán logrado quizá dominar un continente, desde el polo hasta el trópico, y crear, con el concurso de todas las razas, una nueva humanidad sajona, industrial y democrática. Así gobernaron el mundo Roma y Gran Bretaña.

Para detener la marcha de los Estados Unidos, el Sur no tendrá el contrapeso necesario. En el conflicto entre los norteamericanos unidos y los sudamericanos desunidos, el Nuevo Mundo latino lleva todas las de perder.

El Pacífico será el escenario de guerras de razas y de emigraciones transformadoras. El canal abierto, es poco probable que los emigrantes europeos se dirijan sobre las costas del Pacífico. Sólo Brasil y Argentina atraen al aventurero moderno: «El Dorado» es la pampa argentina o las selvas brasileñas. Venezuela, invadida por inmigrantes de raza germánica, podrá renacer cuando una densa muchedumbre pueble sus valles, y Caracas será seguramente una gran ciudad latina. Pero en Colombia, Perú, Ecuador, Bolivia, escasos son los centros de civilización en el interior: la sierra sigue triste y arisca y todo el progreso se concentra en las pequeñas ciudades de la costa, en medio del desierto. Los chinos y japoneses, contentos con un módico jornal, aventajan al obrero europeo. Las colonias japonesas poblarán la costa americana desde Panamá hasta Chile; además, sobre estas nuevas tierras, la fusión de la sangre japonesa con la india no es irrealizable.

Siempre habrá en América del Sur dos regiones distintas, separadas por los Andes y divididas por el trópico. La América atlántica conservará su libertad y aumentará su poderío y sus riquezas. Es posible que el sur de Brasil se vuelva alemán, pero Argentina, Chile, Uruguay y los grandes Estados brasileños defenderían la herencia latina. Al norte y al oeste, naciones despobladas y desunidas tendrán que hacer frente a la invasión de orientales y a las embestidas de un pueblo conquistador. Gracias a la protección de Japón podrán liberarse de la tutela de los Estados Unidos, o si no alejar a los súbditos del Mikado, pero acogiéndose a la influencia norteamericana. Solamente la federación de todas las repúblicas latinas bajo la presión de Inglaterra, Francia e Italia, que poseen importantes mercados en América, podrá salvar las naciones del Pacífico, como hace un siglo Inglaterra pudo resguardar la autonomía de estos pueblos contra los designios místicos de la Santa Alianza.

La doctrina Monroe se opone a la intervención de Europa en los asuntos americanos, pero esta doctrina, que irrita a los imperialistas alemanes como Münsterberg, puede perder actualidad. Si Alemania o Japón vencen a los Estados Unidos, la doctrina tutelar quedará para el recuerdo. América Latina saldrá del aislamiento impuesto por los Estados Unidos, formará parte del concierto europeo, de la combinación de fuerzas políticas —alianzas y acuerdos—, base del equilibrio moderno.

Se unirá por lazos políticos a las naciones que la enriquecen con sus capitales y le compran sus productos.

Japón no perdió su originalidad como nación asiática al unirse a Inglaterra por un tratado que conserva el *statu quo* oriental. Las repúblicas latinas no renunciarán a su carácter de pueblos americanos al firmar acuerdos con las naciones del Occidente. Ya existen entre ellas y Europa tratados de comercio, una armonía económica, afinidades intelectuales. Brasil y Argentina, donde imperan las ideas francesas y los capitales ingleses, podrían unirse por una vasta red de alianzas con el grupo de naciones europeas que conquistaron, civilizaron y enriquecieron América, es decir, España, Francia e Inglaterra. ¿Acaso una comunidad de intereses en América no robustecería la unión de estos pueblos solidarios en Europa? Grandes cambios políticos resultarían de estas nuevas influencias: los latinos de América, al entrar a formar parte de la política europea, alejarían a Italia, cuyos intereses en Brasil y Argentina son considerables, de la Triple Alianza; respaldarían la alianza entre Francia e Inglaterra contra Alemania, su poderoso rival tanto en Europa como en América. Canning, el ministro Inglés que combatía los designios de la Santa Alianza hace un siglo, decía que había dado la libertad al Nuevo Mundo para restablecer el equilibrio en el antiguo. Frente a pueblos teocráticos que pretendían presidir los destinos del mundo, fomentó la aparición de estas democracias libres señaladas para asentar firmemente las bondades de la libertad. Su esperanza fue prematura, porque sobre las ruinas del absolutismo español era difícil que surgieran espontáneamente repúblicas perfectas. Apenas si hoy, después de un siglo de intentonas constitucionales, algunos Estados latinoamericanos, Argentina, Brasil, Chile, Perú, Bolivia, parecen capacitados para responder al deseo de Canning.

Estos pueblos quisieran contribuir a la defensa del ideal latino. Pero, ¿no es mucha pretensión de parte de naciones todavía semibárbaras? Las viejas razas de Occidente miran su arrebatado avance con el mismo desprecio que Roma observaba las turbulentas migraciones de godos y germanos. Y aun cuando la raza latina pudiera detener su decadencia, gracias a la riqueza y a la juventud de estos pueblos americanos, ¿conveniría oponerse al triunfo de los sajones y los eslavos en nombre de una raza degenerada? Hace setenta años, Tocqueville visitaba los Estados Unidos y barruntaba su grandeza. Hoy Clemenceau, admirador de los Estados Unidos, elogia el vigor latino que pudo apreciar en Buenos Aires, en Uruguay, en Río de Janeiro. La república yanqui colmó los

vaticinios del primero, nada extraño que las democracias latinas confirmasen el optimismo del segundo. Una nueva energía, un indiscutible progreso material, una fe creadora anuncian en el nuevo continente el advenimiento, si no de «El Dorado» soñado por codiciosos aventureros, por lo menos de naciones de pujante agricultura e industria, de un mundo en el cual rejuvenecerá la gloriosa ancianidad del mundo latino. Cuando Emerson visitó Inglaterra, hace cincuenta años, dijo que el corazón de la raza británica estaba en los Estados Unidos y que la «isla madre» se llenaría de orgullo con la energía transmitida por sus hijos (*Works*, t. II, p. 160). ¿Acaso, hablando de España y de Portugal, no podrían los argentinos, brasileños y chilenos afirmar lo mismo?

La decadencia de los latinos, evidente a los ojos de los sociólogos, podría ser tan sólo un período de quebranto. Las aventuras que exigen un gran despliegue de energía y de heroísmo son seguidas de un período de recogimiento, de lasitud después del momento de creación. Al comienzo de la era moderna, en el siglo XVI, los indisciplinados ingleses se mostraban renuentes a la regularidad y monotonía de la vida industrial, y en el XIX organizaron un poderoso industrialismo, volviéronse lentos y metódicos; luego en 1894, Charles Pearson se preocupaba por «la decadencia de la energía inglesa, que se manifiesta con la adopción del socialismo de Estado y la pobreza de los inventos mecánicos» (*National life and character*, 1894, p. 102 y ss.).

En el porvenir, los latinos volverán a gozar de su antigua virilidad. Los *recorsi* de la historia, estudiados por Vico, demuestran que algunos pueblos que habían perdido su preeminencia la recobraron y otros, un tiempo prósperos, decaen: ningún privilegio es eterno, ni tampoco, el retroceso, el resultado de una irremediable fatalidad.

Multa renascentur quoe jam cecidere, cadentque
quoe nunc sunt in honore...

La política imperial de Carlos V y de Felipe II, la conquista de un continente por los españoles, portugueses y franceses, la gloriosa fiesta del Renacimiento, el triunfo de Lepanto, el maravilloso imperio de Venecia, la política de Richelieu, el siglo de oro del clasicismo francés, la revolución que proclamó los Derechos del Hombre, la epopeya napoleónica, la independencia de América española, son cantos a las glorias de la raza latina. Hoy, Bélgica, Italia y Argentina dan señales del resurgimiento de una raza pretendidamente agotada.

Legatarios del espíritu latino en lo moral, religioso y político, los pueblos iberoamericanos desean conservar su gloriosa herencia. La idea de raza, es decir tradiciones y cultura, domina en la política moderna. Asistimos a un brote de paneslavismo, panislamismo, panasiatismo, pangermanismo, panlatinismo, palabras bárbaras indicadoras de las luchas futuras. Los eslavos de Dalmacia y de Alemania, Servia y Bosnia quisieran reconstituir, con los fragmentos de naciones divididas, un Estado que también sería una raza. El Islam reúne a diversos pueblos, con el fervor de un nuevo fanatismo, a instigación de califas o morabitos populares, desde el Sudán hasta Fez, de Bombay a Estambul. Vastas ligas de pueblos dispersos se están formando en nombre de una religión o de un origen común. Eslavos, sajones, latinos, amarillos se pelean el mundo. Así se simplifica el drama de la historia: por encima de conflictos entre naciones inestables se alzan los profundos antagonismos de razas milenarias.

Onésime Reclus estudió en su libro *Le partage du monde* la situación respectiva de cada uno de estos poderosos grupos humanos. Las conclusiones de su estudio son optimistas: frente a los sajones y los eslavos, los latinos conservan vastos territorios que les falta poblar. Su posición geográfica, a pesar del imperialismo anglosajón y la inmensa superficie de la Rusia europea y asiática, no está en desventaja.

Son cien millones de eslavos esparcidos sobre un inmenso territorio asiático y europeo, desde Vladivostock hasta el mar Báltico; dos millares y medio de millones de hectáreas a disposición de la prole de esta raza prolífica. Juntando los pueblos de Noruega, Suecia, Bélgica, Holanda, Dinamarca y Suiza a los germanos de Austria, la raza alemana, destinada a propagar por el comercio o la violencia el evangelio del pangermanismo, posee alrededor de 100 millones de hectáreas para 93 millones de habitantes. Los anglosajones, enemigos naturales de la expansión alemana, rivales del *Deutschum* en Asia, África y América, señorean sobre una superficie casi ilimitada, 4 millares de millones de hectáreas: India, Canadá, Estados Unidos, África del Sur, Egipto, Australia, tierras conquistadas o reinos bajo tutela, con todos los credos y todas las razas. Más de 200 millones de anglosajones pueblan esta «más grande Inglaterra» que no comprende la inasimilable India.

Los territorios ocupados por los pueblos latinos en Europa, América y África son de 3 millones 900 000 hectáreas, habitados por 250 millones de hombres: el número de latinos no es, pues, muy inferior al de los anglosajones, ni tampoco lo son los territorios abiertos a la expansión

latina. Llegan con las colonias francesas de Asia a los 4 millares de millones de hectáreas.

Los latinos aventajan a los eslavos y germanos por la extensión de sus territorios y por su número. Por otro lado, no son inferiores a los ingleses ni en potencial humano ni en abundancia de tierras explotables. E Inglaterra llegó ya al apogeo de su período industrial y de su desarrollo político. En las ciudades, el índice de natalidad disminuye y la emigración es nula, el Estado es el protector de la turba demagógica y decadente. Los Estados Unidos pretenden conquistar nuevas tierras, pero los latinos poseen en América del Sur un rico continente casi inhabitado y los franceses están cimentando un imperio colonial que competirá con Egipto en riqueza e importancia y se extenderá desde Marruecos hasta el Congo y de Dakar a Túnez.

Reclus calcula que América Latina podrá alimentar cien personas por kilómetro cuadrado. Mientras que la natalidad queda estacionaria en Estados Unidos y en las grandes ciudades sajonas del Atlántico, la población latinoamericana crece prodigiosamente; suma hoy 80 millones, cuando hace un siglo era aproximadamente 15 millones. Es posible que al terminar este siglo los sudamericanos sean 250 millones, consecuentemente, los latinos aventajarán a los sajones.

América es, pues, un factor esencial en el porvenir de las naciones latinas. El destino de Francia, España, Portugal e Italia cambiaría si los 80 millones de latinoamericanos perdieran sus tradiciones de raza, si dentro de un siglo o dos América se unificara bajo la hegemonía yanqui, o si alemanes y anglosajones asfixiaran el núcleo de civilización formado por Argentina, Uruguay y el sur de Brasil. Económicamente, perderían mercados; intelectualmente, dóciles colonias; del punto de vista práctico, centros de expansión. Hoy, sajones, germanos, eslavos y neolatinos son fuerzas equilibradas que pueden desarrollarse armoniosamente en el marco de la civilización cristiana, sin guerras de conquista ni monopolios. La unidad moral de América del Sur contribuiría a la realización de este proyecto. Un nuevo continente sajón, erigiéndose desde Alaska hasta el Cabo de Hornos sobre las ruinas de veinte repúblicas españolas, sería para los herederos de la cultura romana el anuncio de una definitiva decadencia. En las luchas seculares entre la ciudad latina y los bárbaros, el catolicismo y el protestantismo, el genio francés y la mentalidad tudesca, entre el Renacimiento y la Reforma, los latinos habrían perdido la última batalla.

América es un laboratorio de hombres libres. Charles W. Eliott, rector de la Universidad de Harvard, indagó qué papel tuvieron los Estados Unidos en la formación de la civilización moderna: el arbitraje, como principio universal, la tolerancia, el sufragio universal, el bienestar material, la libertad política, le parecen ser los caracteres de la cultura norteamericana. En el sur latino, encontramos principios análogos. El arbitraje es la base de las relaciones internacionales, la tolerancia religiosa está progresando. La libertad política existe en las constituciones más que en las costumbres, pero las cartas políticas, adaptadas a los principios de la civilización moderna, constituyen el ideal de estas repúblicas. Cuando nuevas razas hayan poblado el desierto, las democracias crecerán dentro de este marco y el libre sufragio, los derechos individuales y la tolerancia serán realidad.

En América Latina, sobre todo en las naciones del sur, no se concibe la restauración del antiguo orden social, despotismo e inquisición religiosa. El nuevo continente, el sajón y el latino, es democrático y liberal.

Si como en tiempos de la Santa Alianza, los pueblos teocráticos se coaligaran, Austria católica y guerrera, Alemania dominada por el feudalismo prusiano, Rusia, mística y formidable, América entera sería entonces la avenida de la libertad. Si alemanes y latinos, latinos y anglosajones luchan entre sí, las democracias ultramarinas coadyuvarían a la vitalidad latina. Si, en una Europa dominada por germanos y eslavos, los pueblos mediterráneos se ven obligados a replegarse hacia el mar azul poblado de islas griegas y de símbolos tan antiguos como el mundo, es probable que el mito antiguo se realice nuevamente y que la antorcha del ideal de la civilización latina pase de París a Buenos Aires, o Río de Janeiro, como pasó de Roma a París en la época moderna, y de Grecia a Roma, en la época clásica. América, hoy desierta y dividida, salvará la cultura de Francia e Italia, la herencia de la Revolución y del Renacimiento, y habrá justificado hasta el final la feliz osadía de Cristóbal Colón.